

# UNA INCORPORACION A NAVARRA

(LOS SAN CLEMENTE)

*Yendo desde la montaña navarra a la ribera riojana -sea en Eransus,*

*Corella, Alfaro o Casa la Reina— se puede descubrir en el relieve de un edificio, en el hueco de un sello o en el cantón de un retrato, un escudo de armas sorprendente: un águila esployada de dos cabezas, con el lema: "Fideles Deo Regí et Patriae"; esto es, un "Dios, Patria, Rey", traído aquí, desde hace siglos, por esa águila bicéfala, cuyo vuelo augural no interpretado —al modo que los antiguos trataban de hacerlo— presagiaba imperiosa victoria a tales trofeos.*

*Pues bien, de navarro linaje son estas armas, ya que los San Clemente, que las ostentan, vinieron a incorporarse en casa tudelana, como es la de Montesa, para extinguirse finalmente en los Marichalar, que originarios de Lesaca (donde vinculaban la Capitanía de guerra de las Cinco Villas) estaban arraigados en Peralta, en el solar de Mosén Pierres. Por hembra se perdieron en varonía foránea de Castilla o Aragón casas navarras tan señeras como las de los Condes de Lerín o de los Marqueses de Cortes; hagamos, a cambio, memoria de estos antiguos cancilleres castellanos que tomaron asiento en las Cortes de Navarra y hasta representaron, en el Estamento de Próceres, a ese Reino.*

*Pero, a punto estuvieron éstos San Clemente de no poder ir a Navarra, ni a ninguna parte; pues que, a mediados del siglo XV, quiso la inquina acabar con ellos. Bien claro y decidido fué el odio de los Luna poderosos, que decretaron la siega de toda la familia. Da actualidad a aquel hecho la reciente reedición, por Juan de Mata Carriazo, de "La Crónica de don Alvaro de Luna" (que en unión de las de Pero Nuño y del Condestable Lucas de Iranzo, publica Espasa-Calpe). Cayó el jefe de la casa, que no fué más afortunado que Alonso Pérez de Vivero, de quien se deshizo Don Alvaro logrando que su sobrino Juan lo condujese, tras de haberse puesto bien con Dios, hasta un barandal caedizo que dió con él en una sima. La matanza de los San Clemente no paró ahí; al padre, siguieron los hijos, y el que pudo escapar fué merced a haber sido envuelto en ropas religiosas.*

Ello bastó para que la estirpe perviviera; que, como dice el sentir popular, nadie se muere hasta que Dios quiere, y esta familia estaba abocada a ulteriores destinos. Dió, entre otros, hijos tan insignes como aquel famoso arzobispo San Clemente y Torquemada que fundó el Colegio Mayor de San Clemente en Santiago y cuyo gran retrato se conserva, frente al del Cardenal Mendoza, en Eransus. Pero, digamos antes quiénes fueron estos San Clemente, y antes aún, algo de sus enemigos los Luna. Consta en la dicha Crónica que Juan de Luna, sobrino de Don Alvaro se hallaba casado con una hija bastarda del Condestable y era Señor de Jubera de Cornago, Alcaide de Soria y Guarda mayor del rey Juan II, quien le colmó de beneficios, teniéndole junto a él en su azarosa y turbulenta existencia. Se le cita en diversas coyunturas y se añade, con referencia a los deudos y amigos del Condestable, que "en las cibdades, villas e logares de tierra de Campos vivían con este venturoso Maestre e magnífico Condestable. .. otros muchos caballeros de los linajes de Barrionuevo e de Vera, en la cibdad de Soria". El capitán Juan de Luna figura en la toma de Atienza, en la revuelta de Madrigal, en la muerte alevosa de Alfonso Pérez, y dondequiera quiso que fuese el padre de su esposa que "le ovo dado el buen Maestre con ella grandes riquezas, e asaz abondoso número de vasallos, e le dotó de villas e de castillos, de guissa que muy dignamente el Juan de Luna lo debía amar más que otra persona del mundo, por los muchos bienes e mercedes que dél avía rescibido". Al ser preso Don Alvaro, hubo de escapar vistiendo también hábitos religiosos, pues que fué de clérigo, al igual que, años después, huiría de sus esbirros el último San Clemente.

¿Mas, quiénes eran, digo, esos San Clemente que así osaban rivalizar con los Luna?

"El águila que veis en su rodela,  
El pico y la corona relumbrante,  
Las alas en postura de quien vuela,  
La garra aguda, que llamáis rampante,  
Nobleza de linaje te revela,  
De bélica persona militante;  
Nobleza significan los castillos,  
Que, en rojo campo, véis, siete, amarillos".

Así describe Mosquera de Barrionuevo, en su "Numantina" (al modo que lo hiciera Zapata en su "Cario Famoso", ante las armas que enriquecen el salón de linajes del palacio del Infantado) el blasón de los San Clemente, cuando aún se llamaban Cancilleres y eran uno de los troncales fundadores de Soria. Sabido es que, al reunirse ponían estas casas sus escudos en tabla redonda (y así se ven aun, en piedra, sobre la fachada del Ayuntamiento de Soria) para manifestar que ninguno de ellos podía envanecerse de aventajar a ninguno de los otros en preeminencia y honores: ni los Barnuevo a los Calatañazor, ni los hijos de la casa de Don Vela a los de los Cancilleres. Y correspondiendo a cada uno una dignidad, se hallaba vinculada en éstos últimos la de guardar los sellos de la ciudad de Soria, con los que se cancelaban sus documentos; y de este privilegio de cerrar a cancel de cera, con sus armas, los compromisos de la ciudad, les vino el nombre de Cancelleres. Tenía también vinculada esta estirpe el cargo de Fiel de tierra; privilegio que conservó, aun cuando ya Felipe II había revertido a la

corona la prerrogativa de guardar los sellos. De hallarse arraigados estos Cancelleres en el barrio y parroquia de San Clemente, les vino el cambio de nombre; y así como se alteró la designación del abolorio, alterose también, en alias, la composición de sus blasones. En un escudo viejo del interior de la casa solariega en Soria (así como en los del templo de Santo Domingo, la bella iglesia románica, antes llamada de Santo Tomé, donde tienen su patronato y enterramiento, desde antiguo, los de esta casa, restaurada por el Vizconde de Eza, cuya es la casa de Soria, y en otras rejas y sepulcros de Soria y el Burgo) se advierte el águila de una sola cabeza, rodeada, o alternada, de castillos, cuyo número ha ido en aumento, hasta ocho. En las armas barrocas de la fachada, adosadas al hábito de Calatrava, se ve ya el águila igualmente esployada, pero bicéfala; esto es, imperial y coronada. En el saqueo de mi casa, por los rojos, he perdido cuadernos con otros datos difíciles de rehacer.

Desde los tiempos de Alfonso el Batallador ,poco se sabe de los primeros pobladores cristianos de Soria. A fines del siglo XIV vivía en ella, ejerciendo el cargo de Fiel de su tierra y Alcaide por el brazo noble, un Juan Ruiz de San Clemente de la alcuña, de los Cancelleres, pero llevando ya el sobrenombre de San Clemente. (Ya antes Tomás de San Clemente aparece citado en los "Anales" como uno de los cuatro caballeros designados, en 1263, por Jaime el Conquistador, para determinar las atribuciones del Senescal o Condestable en Aragón, mas no es seguro que fuese de la sangre de los Cancelleres). Hijos del Soriano Juan Ruiz fueron Frey Alvar Yañez de San Clemente, Comendador de Malagón en la Orden de Calatrava y Ramiriañez de San Clemente, que se hizo famoso porque habiendo ido a guerra de moros, en tiempos del Rey Juan II de Castilla, con el Maestre de Calatrava Gonzalo Nuñez de Guzmán, se llegó con otros caballeros hasta los muros de Granada marcando varias cruces con su lanza en una de las puertas. Acaso fuese hermano suyo aquel denodado Diego de San Clemente, que sirviendo al mismo rey, acudió como Comendador de Calatrava en auxilio de Sevilla, situada en guerras civiles, con su maestre Gutierrez de Sotomayor, pues también de ellos hablan las crónicas. No pudiendo ampliar estas notas en los archivos de Soria y Casa la Reyna, me limito al manuscrito de Martel, en la B. N. y algunos expedientes del A. H. N. Pero no me interesa, ahora, fijar su genealogía, sino llegar al jefe de la familia, en quien ésta estuvo a punto de desaparecer y desde quien continúa ininterrumpida la sucesión:

Hernán Martínez de San Clemente, era nacido en Soria, donde ejercía el cargo de Fiel y Canciller, heredado de sus mayores, así como el patronato de Santo Tomás. Estuvo casado con Juana Rodríguez de La Cal, y murió asesinado, según se sabe por una curiosa relación manuscrita que a continuación extractamos.

**Y** Habíase malquistado Don Alvaro de Luna a lo mejor de Castilla: los Pimentel, los Guzmán, los Mendoza, los Toledo, los Quiñones, los Manrique...; y, muerto él, las banderías no cejaban en su saña. Había viejos rencores. Del Condestable escribió el Marqués de Santillana aquello de:

Casa a casa ¡Guay de mi!  
e campo a campo allegué  
cosa agena non dexé;  
tanto quise cuanto vi.

Y él mismo habla, en su última voluntad de "lo mal adquirido". Que la fuerza se pone entonces al servicio de la codicia y de las bajas pasiones. Así dice el cronista de Pero Niño: "Non son todos caballeros quantos cavalgan caballos" (en frase que, por cierto, tiene resonancias, más tarde, en el Góngora de: "No son todos ruiseñores los que cantan en las flores. . ."). Pues bien, figuraban los San Clemente entre los enemigos irreconciliables de Luna y los suyos. Había de porfiar tenazmente Hernán Martínez de San Clemente, ayudado de sus deudos y súbditos, en defender al rey contra las asechanzas y conspiraciones del indómito Juan de Luna, que no se resignaba a su suerte. Impedíale Hernán sus desafueros, y cuenta la relación que, pronto a tomar venganza, el de Luna, hubo de exclamar: "--¿No he de tener quien mate a Hernán Martínez de San Clemente?"; a lo que Juan de Barnuevo, Señor de Tobajas, se unió a él con cien hombres. Consta que la noche en que llegaron, quisieron los hijos de Hernán quedar con su padre acompañados de sus criados, pero éste les repuso:—"Recogéos a vuestras casas que Juan de Luna, por guardar su persona, no hará mal a la mía". Fiaba demasiado. Un testigo declaró luego: El martes 11 de Enero de 1459 años, entre las doce y una, estando todos durmiendo en sus casas, entró Juan de Barnuevo con cien hombres en Soria y fuese derecho a casa de Hernán Martínez de San Clemente, y cercándosela dió con las puertas en tierra, y encendiendo luces se fue para el aposento donde dormía Hernán que era viejo y viudo, y dió golpes a la puerta diciéndole que abriese y declarándole cómo era Juan de Barnuevo, respondió que le esperara mientras se echaba una ropa y empuñando una espada abrió y, vista la gente, preguntó a Barnuevo qué quería; éste repuso: "--No tenga pena vuesa merced que no es nada". Y dijo Hernán:—"Pues haced lo que quisierades". Barnuevo le puso guarda de dos que consigo llevaba y con el resto de la gente se vino la calle abajo a casa de Lope de San Clemente, su hijo, que era la primera, y hallando abierta la puerta de la calle, que un acemilero suyo había madrugado a ir por leña y se dejó la puerta así, y pareciéndole a Juan de Barnuevo que los había sentido allí, pasaron a la casa del hermano que fué Alonso de San Clemente, hallaron cerradas las puertas y al ruido que tenían en la calle, despertó un criado de casa y desde la ventana les dijo:—"A ellos; que más somos que ellos", y les arrojó un tizón con lumbré y fué corriendo al aposento de su señor a darle aviso de cómo quedaban haciendo fuerza para echar las puertas a tierra. Alonso de San Clemente se levantó, y ya estaba la gente dentro y encendieron hachas y candiles para entrar por la casa; y al entrar ellos en el patio, Alonso se pasó por un agujero a otra casa vecina; y los enemigos como acertaran a verle, fueron a él y le cogieron. Añade el testigo que hacía una luna clara y que, desde una ventana, vió cómo sacaron a la calle a Alonso, y el de Barnuevo echó mano a un puñal y le fué a dar un golpe, mas tívole Alonso el brazo, y a esto acudió la otra gente y le dieron tres cuchilladas en el muslo derecho y dijo el herido a voces tres veces: "--¡Confesión!". Luego Juan de Barnuevo le dió una puñalada por la tetilla derecha de la cual cayó en tierra y allí le degolló y le dió dos puñaladas a manteniendo por la degolladura, dejándole muerto a la puerta de su casa. Se entraron adentro y saquearon y robaron la casa y se llevaron cuanto en ella había, y —al decir del testigo— hallaron en plata cosa de cuarenta marcos y en la caballeriza tres caballos de la brida, uno de la gineta y dos mulas de silla, tres acémilas y un asno. Precisa que, andando en el saco, uno de los cien lacayos de Juan de Luna quitó a la mujer de Alonso de San Cle-

mente un alayd de aljófár muy rico, que traía al cuello y que era lo mismo que sarta o gargantilla, y ella le rogó que tomara el alayd y la matase, pero no la mató. Los criados de casa salieron a recoger el cuerpo de su señor, mas no se lo dejaron meter los que estaban de guarda. Mientras esto pasaba en casa de Alonso, y su hermano Lope viendo no ser parte para resistir tanta gente, púsose en salvo y dejó su casa al riesgo que le viniese; pasose por un agujero a casa del Bachiller Calderón, y allí vinieron las monjas que había en Santa Clara, con color de que venían a consolar a la mujer de Alonso, miraron cual era la más larga monja de las que allí habían venido, e desnudando el hábito e vistiéndosele a Lope y con asaz temor de ellas, seyendo boca de noche, llevaron así a Lope a su monasterio. Palabras estas del testigo, que fué quien hizo además el agujero por donde se pasó Lope y le vistió el hábito de monja. Refiere luego el saqueo de la casa de éste y cómo llevándose preso al padre, Hernán, a la torre de la Puente, le pasaron por delante del cuerpo difunto de Alonso, su hijo, que le fué de gran dolor.

Prosigue refiriendo cómo habiendo ido Barnuevo al castillo a dar cuenta a Juan de Luna de la maldad que había hecho, éste le recriminó por no haber muerto el primero a Hernán, a lo cual respondió Barnuevo "que no tuviese pena que bien podía enmendarse el yerro". Encastillados sus hombres en la casa y torre fuerte de San Clemente y en la iglesia de Santo Tomé, repartiéronse el robo, que fué de muchas riquezas de cosas de oro, plata y joyas. En tanto Hernán se estaba aparejando para bien morir robaron otras casas de deudos y próximos, y las monjas de Santa Clara con unos frailes franciscanos fueron a rogar a la mujer de Juan de Luna que les entregase a Hernán, a lo que este les repuso que sí; y hablando con Barnuevo le ordenó que matase a Hernán y muerto se lo diese. Constanza de San Clemente y las otras monjas recibieron el cuerpo apuñalado de Hernán con llantos y gritos y lo llevaron a sepultar en el coro del monasterio, pues que las tropas del de Luna habían ocupado la capilla de Santo Tomé.

*JUAN* de Barnuevo, cometido el crimen, huye de Soria. De la familia San Clemente no queda ya más que Lope y Hernán. Este fué arcediano de Soria y Capellán del Rey y su Consejero, viéndose su estatua yacente y armas en la capilla de S. Ildefonso y Sta. Teresa que hizo edificar en la catedral del Burgo de Osma, cuando el monarca le restituyó bienes que le habían sido arrebatados por los Luna y le concedió privilegio, pues que acudió con su hermano Lope, llamado a seguir la casa, a Enrique IV pidiendo justicia. Además de la monja clarisa había dos hermanas, Catalina y Juana, que por haber sido dotadas en más de sesenta mil ducados, cantidad fabulosa entonces, hicieron buenas bodas; la primera con Hernán Bravo. Señor de Almenar, y luego con Juan de Torres, Señor de Retortillo, del hábito de Santiago, etc., y la segunda con el Señor de Osonilla, Juan Rodríguez de Villanueva. Lope, en cambio, desposeído por Lunas y Barnuevos y habiendo cedido a sus hermanas su hacienda, quedó "con sola su nobleza", pues el señorío de Ontelvilla y varios acostamientos que el Rey Fernando el Católico dió luego en desagravio a los San Clemente, fueron a las hembras y por ellas a la casa de Medrano. Lope recibió, en 1466, una Real Cédula

de Enrique IV reconociéndole "muchos leales servicios que yo de vos he recibido en tiempos pasados especialmente en el socorro y descerco de Alfaró, donde fuisteis alferez personalmente con el pendón de Soria". Ya este monarca había restaurado a los San Clemente en su hacienda y honores, apresado a Juan de Luna --que salió de Soria, vergonzante, en un pollino--, y a varios de los suyos, que no pagaron sino con la horca, y confiscados los bienes del rebelde Barnuevo, a quien condenó a muerte, por si acaso, y en efecto cumplió su destino ya que fué muerto por sus propios soldados en la batalla de Abarzuza. El rey vino de Ayllón para asistir, con toda su corte, al traslado de los cuerpos de los San Clemente, desde el monasterio hasta Santo Tomé, siendo enterrados en la capilla mayor (hoy centro de la iglesia, pues, andando el tiempo, otra rivalidad, la de los condes de Lérida, había de prolongar el templo para ocupar el altar mayor y dejar en medio los preciosos sepulcros que hoy se admiran de los San Clemente). Desde entonces, en la misa que se dice en Santo Domingo, se recuerda el triste suceso, habiendo continuado luego el patronato de la casa de Montesa y Eza los sufragos por las almas de Hernán y sus hijos, fieles, muertos a mano airada.

El rey hizo firmar, por último, una escritura de concordia —en la que se invocan los manes de dioses y semidioses paganos, al gusto renacentista, —o San Clementes y Barnuevos, que no tardaron en cifrar sus paces con epitalamios, como veremos. Si Fernán no dejaba descendencia, Lope sí, en su esposa Constanza Ramírez de Lucena.

Juan, su hijo, fué Regidor de Soria y gozó la hidalguía y los honores que le correspondían como cabeza del linaje de los Cancilleres y Tercio de Alvar González. Casó con Mencía Rodríguez de la Cal, también de los Cancilleres y tuvo varios hijos: Jerónimo, Regidor perpetuo y Recibidor, muerto en 1530, Juan, fundador de capellanía en el mismo año, Alonso, Doncel del Rey, que obtuvo ejecutoria de hidalguía en 1582; y, mayor que él, Andrés, en quien sigue la familia.

Heredó Andrés los cargos del primogénito, siendo además Procurador en Cortes por la ciudad de Soria. Tuvo Real Merced de Acostamiento de treinta mil maravedises (1544) y acreció el mayorazgo (1570) casando con doña María de Molina, también de los Cancilleres, siendo enterrados ambos en Santo Domingo. De sus hijos, se distinguió Jerónimo, el Regidor que, durante el levantamiento de las Comunidades, mantuvo la paz en Soria, y fue el primer San Clemente que, trasladó su residencia a Rioja, en Casa la Reina. De su esposa, doña Felipa Hurtado de la Peña, tuvo otro Jerónimo, nacido en Casa la Reina, donde gozó la nobleza de sus mayores y testó en 1633. Había casado éste (1608), con doña María Marcela de Ledesma Albornoz, de los Cancilleres asimismo, teniendo, entre otros hijos, un José que llegó a Consejero de la Suprema Inquisición y Oidor del de Castilla, y un Jerónimo, bautizado en Casa la Reina (1613) que en Soria fundó nuevos mayorazgos y agregaciones a sus patronatos de Santo Domingo y San Esteban; testó en Casa la Reina (1675) y casó con Antonia María de Santa Cruz, Miranda, Castejón y Mendoza, de linaje soriano, nieta de dos regidores perpetuos de la ciudad, y media hermana del rapitán don Gaspar y de don Juan, quienes, luego de haber militado con distinción en la caballería de Malta, lo hicieron en las de Alcántara y de Calatrava, cuyos hábitos vistieron respectivamente. Una hija de don Jerónimo iba a casarse ya con un Barnuevo: Ursula María, nacida en Casa la Reina (1640) y esposa de don Francisco Lucas Yañez

de Barnuevo, Santa Cruz, Zapata y Aceves Neila, del hábito de Alcántara, Regidor de Soria, cuya descendencia (Marqueses de Zafra) había de recaer en los San Clemente y Montesa. El hijo varón de don Jerónimo se llamó:

Don José de San Clemente, Caballero de la Orden de Calatrava (1669), Oidor del Consejo Real de Castilla, del de S. M. y Suprema Inquisición, Alférez de Hidalgos, etc. a quien, queriendo el rey premiar sus servicios le concedió merced de hábito de órdenes militares para algunos de sus hijos. Heredó vínculos y capellanías de su tío el Marqués de Camarasa, fundó nuevas capellanías y está enterrado en Santo Domingo de Soria. De su primer matrimonio nació la línea de los Marqueses de Selva Real (el título había sido concedido a un Justicia Mayor de Aragón) que vino a recaer en la segunda y, con ella, en la de Montesa; y del segundo con doña Gracia Gaitán, Suárez de Toledo, Mendiola y Bracamonte, hija y heredera del Calatravo don Fernando Gaitán, Suárez de Toledo, Mendoza y Briviesca Muñatones; tuvo don José varias hijas (que fueron: la Señora de Pozo Rubio, la Señora de Muriel de la Fuente y la Condesa de Foncalada), y algunos hijos sin posteridad, heredando:

Don Fernando de San Clemente y Gaitán, Suárez de Toledo, Señor de los vínculos de Mendiola y Alarcón. Procurador en Cortes y Regidor en Alfaro, donde había fijado su residencia, casó con la heredera de la rama primogénita de Montesa (Barones y Señores de Mora y varios palacios de cabo de armería), que si Montesa por su padre, era otra vez Barnuevo por su madre. El primogénito de don Fernando y doña María Josefa Leonardo usó los nombres siguientes:

Don Ignacio de San Clemente. Vicent de Montesa, Yañez de Barnuevo y Gorraíz, Olóriz, Huarte, Tornamira y López de Caparroso. Antillón y Liñán, Mendiola, Santa Cruz y Morales de Albornoz, Angulo, Medrano, Jiménez de Vallés, Sada, Hernández de Ochagavía, Buitrago, Pérez de Veráiz, Beaumont de Navarra y Peralta, Barón y Señor de la villa de Mora y sus palacios de cabo de armería con los de Echano, Arrazuri, San Román, y de las pechas de Orisiain, Mendivil y Echagüe, vínculos, patronatos y capellanías adjuntas, con jurisdicción alta y baja civil y criminal, mero y mixto imperio, etc. Heredó los señoríos de Gorraíz, Olóriz, Huarte, Oyarzun, Garrejo y bienes vinculados de Foncalada y de Selva Real, siendo enterrado, con su esposa, en la capilla de San Juan, del altar mayor, al lado de la Epístola, de San Francisco de Asís en Alfaro, el año 1802. Tan pomposo señor no tuvo historia. Estaba terminando la de los San Clemente. Casó don Ignacio primero, con una Mur, luego con una hija de los Condes del Fresno, y sólo tuvo sucesión en su tercera esposa, representante y heredera de la rama segunda (o de los Marqueses) de Montesa, que por este matrimonio quedaba unida a la primera. Doña María Antonia de Montesa y Eguía, Gante y Ramírez de Arellano, Marquesa de Montesa y Señora de Eransus, Eza, etc., dejó, entre otros hijos e hijas, a:

Don Evaristo de San Clemente, V Marqués de Montesa, V Vizconde de Eza, Barón y Señor de Mora, y de Eza, Eransus, Idoyeta. etc. con todos los vínculos y estados de ambas ramas, patronatos, honores y privilegios. Caballero de Alcántara. Maestrante de Granada, Gentilhombre de S. M., etc. Asistió, en 1828, a las últimas Cortes del Reino de Navarra y, en 1834. fué nombrado Procurador por Navarra en el Estamento de Ilustres Próceres del Reino. No tomó estado, y su hermano don Luis, VI Marqués de Montesa, Capitán de las Reales

*Guardias, Coronel de infantería, Senador del Reino, Caballero de las Ordenes de Alcántara y San Hermenegildo, ejerció sus derechos en Soria siendo nombrado, en 1833, Diputado por los Cancilleres para asistir a la jura de la Infanta doña María Isabel, Princesa de Asturias. Al fallecer también sin hijos —hoy está enterrado en Santo Domingo, de Soria— hereda la casa su hermana doña Ruperta casada (1800) con don Francisco Tomás de Marichalar, jefe de esta casa, como hijo y heredero de don Tomás Clemente de Marichalar, Martínez de Peralta, Velázquez de Medrana y Giménez de La Puente, Señor solariego de la villa de Zayas de Báscones y sus jurisdicciones, de Bidoeta, Aguinaga, Garbala de Suso, de las pechas de Itundain, Arangurcn, Laquidain, Urricelqui, vínculos de Avellaneda, Peralta, Isaba, Gúrpide, Regidor por el brazo noble, Familiar del Santo Oficio de la Inquisición, etc., etc.; y de doña María Catalina de Acedo, Torres, Ximénez de Tejada y Martines de Arizala, del Palacio de Cabo de Armería de su nombre. Para las ascendencias generales de la casa de Montesa, cf. los datos de su archivo publicados por el Conde de Rodezno en la "Rev. de Historia y Genealogía", núm. 7, 1913.*

*En los hijos y nietos de don Amalia Marichalar y San Clemente, VIII Marqués de Montesa y Pariete Mayor de la Casa de San Clemente, (docto historiador de la legislación común y foral), ha quedado perpetuamente incorporado, ya, este linaje troncal de Soria a varonía y título navarro.*

*Llamóseles primero Cancilleres, por el sello que de la ciudad custodiaban. También se les conocía por Fieles —cargo y nombre—, ostentando en sus armas el "Fideles". Por San Clemente renombrados luego, hoy, acabado el apellido, han pasado a la historia. Pero ahí queda el vuelo, en piedra, de esa águila caudal, bicéfala, que lleva un lema memorable por alma. Y está donde debe estar, estando en Navarra.*

## A. MARICHALAR

Marqués de Montesa

